

FICCIONES

La verdadera identidad de Lena White

José Luis Salinas Rodríguez

Acaba de sobresaltarme la noticia de la desaparición de Lena White, la *madonna* del blues. El hecho, no obstante, se produjo en Nueva Orleans, ciudad donde la cantante residía desde edad temprana, hace diez años. Concretamente, el 28 de diciembre de 1981. Sin pretenderlo, el homenaje que la emoción me dicta se convierte asimismo en crónica de aniversario.

Yo había conocido a Lena White cuando trabajaba en el local del clarinetista Pete Fontaine; un famoso club de dixieland emplazado en el Vieux Carré de Nueva Orleans, ese barrio en el que un cierto tipo de música urbana comenzó a llamarse jazz. Lena me ofreció una flor (en esa época subsistía como florista) y yo le pedí un autógrafo. Se emocionó. Le compré todas las flores y rompió a llorar. Nadie la recordaba ya.

Sin embargo, la crónica de la música que disipaba con blues las calimas opresivas de la Luisiana del primer tercio de siglo hizo de ella, con frecuencia, una protagonista principal. Su voz de melaza impregnaba de aguardiente dulce las canciones, emborrachando los sentidos de cuantos las escuchaban. Tratar de perfilar ahora su retrato (es decir, la biografía y la leyenda de su vida) equivale a desandar ochenta años en la historia de una ciudad y de su música.

Lo más extraordinario es que Lena era blanca. No corría sangre negra por sus venas. Ni siquiera esa famosa *cuarta parte* de negritud que hacía la belleza, y la fama, de las chicas de Storyville, el barrio de placer de Nueva Orleans. Los que no conozcan los antecedentes de la cantante se sorprenderán al saber que Lena White era gaditana, y que se llamaba en realidad Carmen Piquer.

Había llegado a La Habana con tres años, junto a unos padres que querían hacer su propio descubrimiento de América. Unos meses más tarde, prematuramente desengañados, embarcaron hacia Veracruz. Cuando la rueda de la fortuna parecía empezar a obsequiarles con números

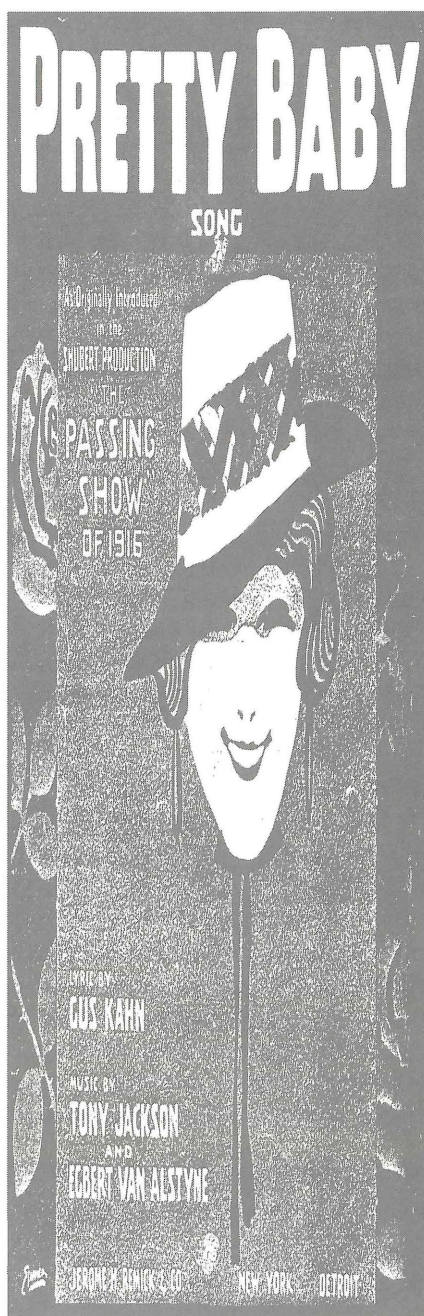
premiados, el padre abandonó inesperadamente a la familia (un episodio oscuro de la vida de los Piquer que no ha podido ser aclarado), y Charo Linares, madre de la cantante, hubo de seguir su propia suerte. Charo, que tenía una voz agradable, comenzó a cantar cuplés populares. Aprendió a insinuar con gestos lo que el contenido de las letras sugería, y no tardó en ser conocida por su capacidad para encender la imaginación de los veracruzanos.

Algún tiempo después, el propietario de un local de Nueva Orleans le propuso viajar hasta esa ciudad. En esa época, hacia 1908, su tráfico comercial con los puertos del Caribe aseguraba una clientela hispanoparlante capaz de valorar las canciones de Charo Linares.

Nuestra Carmen contaba ocho años cuando remontó las turbias aguas del Mississippi. Se asombró al contemplar por vez primera los barcos de ruedas que navegaban río arriba, y se aturdió con aquella Babel fluvial que entonces era Nueva Orleans. Pero ese mundo caleidoscópico le permitió ir atesorando, a medida que crecía, los cristales que producían los colores más llamativos. Su voz fue redondeándose al madurar, y pronto pudo entonar canciones con un estilo personal que incorporaba lo aprendido a lo heredado.

Su destino lo decidió, cuando acababa de cumplir quince años, la incorporación de un pianista de *ragtime* al local en que comenzaba a compartir algunos números musicales con su madre. A aquel músico le gustaba dejar ir los dedos por las teclas del piano persiguiendo acordes de blues. Desde que los escuchó, Carmen supo que poner voz a esos acordes iba a ser el objetivo de su vida.

Aquel pianista (cuyo nombre no recogen las biografías de la cantante) se convirtió en su primer maestro y en su primer hombre. La transformó en adulta y le hizo creer en sus posibilidades. Pensando más en el presente que en el



futuro, Carmen Piquer cambió su nombre auténtico por el de Lena White y añadió tres años a su verdadera edad. Un nombre fácil y dieciocho años eran, junto a una belleza juvenil, todo lo que precisaba para trabajar en el Mahogany Hall, la casa de citas más célebre de Nueva Orleans.

Fue precisamente allí, mientras aguardaba en el salón la llegada de clientes, donde completó su formación musical. Su nuevo maestro, al que sólo podía escuchar, porque tocaba detrás de un biombo, era el pianista Ferdinand La Menthe. Aunque se hacía llamar Jelly Roll Morton.

Hubo de producirse la clausura, en 1917, de los centros de diversión de Storyville para que Lena tratara de sobrevivir con su voz. Era lo único que ahora le estaba permitido.

Papa Jack Laine le ofreció la primera oportunidad. Tenía una orquesta en la que se habían formado intérpretes que llevaron la música de Nueva Orleans al norte de los EE.UU. Uno de ellos, el cometista Nick La Rocca, consiguió, incluso, registrar aquel año en Nueva York el primer disco de jazz de la historia. Lena prefirió permanecer en el sur. En unos momentos en que la mayor parte de los músicos había emigrado o se encontraba en paro, ella consiguió no solamente sobrevivir, sino prosperar. Su innata predisposición para comunicar sus emociones más íntimas a través de las canciones hicieron pronto de Lena White una atracción solicitada.

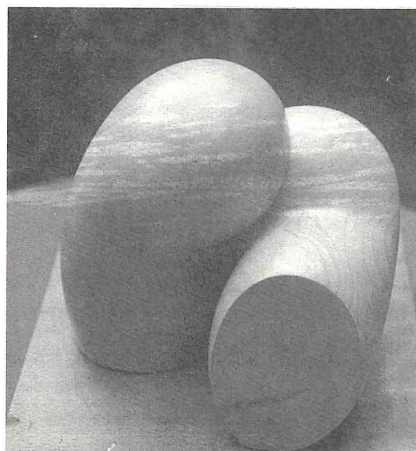
Su trayectoria profesional dio un importante paso adelante cuando, en 1920, logró grabar su primer disco. Uno de los temas, "Pretty Baby", llegó a competir en popularidad con "Crazy Blues", el gran éxito de Mammie Smith registrado ese mismo año.

Pasó los siguientes veinte años recorriendo los salones de baile de Luisiana, convertida ya en intérprete famosa. Sólo su firme deseo de no abandonar Nueva Orleans impidió que Lena se incorporara a esa reconocida generación de cantantes que hicieron de los blues un instrumento para arrancar lágrimas a la sensibilidad y un pañuelo para enjugarlas. Hubiera sido la única cantante blanca capaz de competir con las grandes voces femeninas de color. Debido a este autoexilio, ni su música ni su biografía alcanzaron la popularidad que merecían.

De esa época datan las escasas grabaciones que llegó a realizar, siempre para sellos discográficos discretos que no divulgaron sus interpretaciones mucho más allá de la frontera del Mississippi. En el recuerdo de los aficionados ocupan un lugar preferente títulos como "Blues In My Heart", "Spanish People" o "A Woman From The Blues", que justifican su lugar de privilegio en la historia del blues vocal. Verdaderamente, es sobre todo gracias a Lena White que hoy puede reconocerse un estilo blanco de blues.

En 1940, y en pleno apogeo de su carrera artística, la cantante abandonó la tarea de hacer un poco más felices a los demás para tratar de serlo ella misma. Se concentró en la interpretación de ese *pas-à-deux* que resume los momentos más definitivos en el ballet de la vida. Durante más de dos décadas de matrimonio, ninguna actuación, ninguna grabación, permitieron confirmar que Lena White continuaba existiendo.

Finalmente, el texto de presentación de un elepé editado a mediados de los sesenta reveló los avatares por los que había transcurrido su vida. El objetivo del disco no era, como se podía esperar, la gloriosa recuperación de una intérprete, sino un pretexto para conseguir una ayuda económica para la cantante.



Reproducción de la escultura Fresno, de Javier Aleixandre.

Sus interpretaciones en el microsuro resultaban patéticas. El disco nos descubría que, durante los años transcurridos, Lena White había perdido la voz. Sus palabras surgían como susurros, agrietados por una manifiesta incapacidad para articular los sonidos. La propia cantante revelaba, en un entrecomillado inserto en la contraportada, los motivos: "Me quedé sin voz al perder a John, que supo hacerme feliz durante

veinticinco años. Por eso yo misma quise entregársela para que no se encontrara solo en su viaje a lo desconocido." Sin duda, su temperamento sí había permanecido junto a ella.

Cuando yo descubrí a Lena en el Pete Fontaine's, quince años después de aquella grabación, ni siquiera podía ya articular susurros; debía comunicarse con los ojos. Felizmente, incluso a su avanzada edad podían transmitir con fidelidad sus emociones.

Conseguir llegar hasta la cantante no fue, como es lógico, producto del azar. Había viajado hasta el sur con el propósito de conocerla, y tuve que realizar numerosas indagaciones para localizarla. Cuando inicié el viaje, ni siquiera podía estar seguro de que la intérprete no hubiese fallecido. Por fortuna, continuaba viviendo, aunque su aspecto no presagiaba un futuro muy dilatado.

Deseaba conocer muchas cosas del pasado de Lena, pero su incapacidad para hablar lo impidió. Mi conversación con la cantante fue más un monólogo en el que sus ojos eran el espejo en que debía leer las respuestas a mis preguntas. Algo, sin embargo, me conmovió. Los ojos de la florista confesaron que hacía mucho tiempo que nadie había descubierto su identidad verdadera. Yo había sido el primero en hacerlo.

Carmen Piquer desapareció en 1915, cuando Lena White decidió su propio nacimiento. De acuerdo con la noticia que tengo ante mis ojos, Lena falleció el 28 de diciembre de 1981. Recuerdo en este instante, entre sorprendido y consternado, que ése fue precisamente el día de nuestro encuentro en Nueva Orleans. Tal vez aquella florista había ido posponiendo el acorde final de su vida con la esperanza de encontrar a alguien que reconociera en ella a la cantante. Probablemente pensaría que así podría interpretarlo sin desafinar.

Me siento, de alguna manera, responsable de la muerte de Lena White. Por eso quisiera serlo también de la resurrección de Carmen Piquer.

EVERY NIGHT JAZZ EN VIVO

CLAMORES JAZZ CLUB

CAVAS Y CHAMPAGNES

c/ Alburquerque, 14 (Gta. Bilbao) - Tel. 445 79 38